

Fernando Alegría

## LAS VUELTAS DE LA VIDA

¿Una entrevista a Fernando Alegría?

Un humorista de un cabaret alemán, en los días del nazismo, callaba dos minutos, mirando al público. Después, decía: "Ahora que hemos puesto fin a la discusión política, podemos pasar a otros temas". Terminó en un campo de concentración. ¿Qué hablar con Fernando para evitarle problemas? Lo veo, lo reconozco siempre. En Champa, tocando en la guitarra un viejo vals de amor; en la Universidad, estudiando a Pedro de Oña; en Estocolmo, sin una pizca de sudor en el habla, buscando por señas el hipódromo, para poner dinero en las patas de un pingo. En los mundiales de fútbol, en cualquier lugar del mundo, regocijándose al ver llegar a una estación a chilenos con garrafas, mantas, viseras y brimoris, o dándole al tango, manoteando en el recuerdo esas letras que nunca suelen olvidarse del todo, con aulos "frusine", "ojos de permitin", o "chujas" listas para el tajo.

Hombre de libros ("Leutaro", "Caballo de Copas", "Camaleón", y esas bombas positivas, en radio, que son sus cuentos mágicos de Santiago, de tipos vivos o listos, de señoras condescendientes, que descienden o suben, según sea el gusto, la ocasión o el buen acuerdo, de conversaciones, de subterfugios) hablar con él es entrar en un juego imaginario de alusiones que puede poner K.O., en pocos minutos, a dogmáticos y a doctores de la Ley. Hombre cotidiano, amigo de hallar la puerta en el muro y las claves mágicas, de ingenárselas para alabar las comidas y bebidas, aunque otros encuentren en el asado un sabor que recuerda el de la carne del "Acotizado Potemkin".

No se enreda con el tiempo. Porque, como dice el narrador que Fernando pone a ser Fernando Alegría en "Una especie de memoria" (Editorial Nueva Imagen, México, 1983): "nos encontraríamos sabiendo que nada había terminado ese año, que la jornada comenzaba otra vez esa nueva noche, y otra vez mañana, la nueva mañana".

Tal vez hoy sólo reñiciamos un diálogo, que interrumpimos hace cinco años. Estábamos hablando de Gandel, del tema de "Volver", de la pelea entre Firpo y Dempsey. Y recordamos el regreso utópico de Carlos a Buenos Aires, en una escena de "El día que me quieras". El barco había sonado la sirena, Gandel en cubierta. Fernando y yo consolidábamos el pasado, para usar una

● "Volver es simplemente saber. Saber de nuevo. Terminar de aprender. Barajar el naipe para ver que sale ahora."

por Alfonso Calderón



"En cada cara que me atrae veo a alguien que dejó hace 10 años. Están ahí esperando que cambie el semáforo, exactamente igual a como los dejó".

Irse que pasó por serio y honesto, en un comentario...

*Consolidar el pasado es una empresa respetable, pero ¿es cierto, querido Fernando, eso de que "veinte años no es nada", que conlleva, además, lo de "febril la mirada"? ¿Por qué volver, al fin y al cabo? ¿A buscar qué a Chile?*

Lo principal: eso de "febril la mirada", porque lo de "las sienes plateadas" es sólo discurso narrativo del maquillador. Tú sabes que Carlos volvió a Buenos Aires sólo en un barco de *papier maché*, bajo un disfraz volador de cololán y sobre un marriesgoso, de cretonas azules, verdes y grises. ¡Qué bien se veía! A lo lejos, las chimeneas del puerto, un lucero en los cerros y la "paica" frita u otra esperando. La mina. La mina más grande de pique abierto en el mundo. Otros tiempos. Es claro que volver me produce asombro. Yo soy escritor de barrio, no solamente de uno, sino de varios: Mar del Plata, Recoleta, pero también San Diego y, por contraste, la Plaza Brasil. Soy hijo de Parque Forestal y al Cerro Santa Lucía. Allí por los años de la cooca, trabajé corrigiendo el manuscrito del libro *Zoé* a Benjamin Subercaseaux. Benjamin vivía en un bello departamento de mármol, en la calle de su abuela, doña Victoria Subercaseaux. Él tocaba el ukulele y yo le ponía puntos y comas a su prosa marselesina. Llegaba Carlos Votier y me los cambiaba de lugar. Un día, por bromas, a Carlos le dieron un balazo que no era de muerte, como en el corrido, y pasó un año enyesado como se usaba antiguamente. Pedro de la Barra lo iba a ver por las mañanas. Tocaba el timbre. Carlos preguntaba "¿quién es?". Pedro, como es usual y correcto, decía "Pedro". "Andate y vuelve más tarde" -gritaba Carlos-, ahora estoy haciendo el amor". Enyesado hasta el cuello -me preguntó-, ¿cómo se las arreglaba?

Volver es siempre saber. Me dieron ganas de decirlo y se lo dije al sonoro cantante del "Venecia", en Pío Nono. Pero él me corrigió: "Uno -dijo- busca lleno de esperanzas...". ¿Y qué diablos busco? "El camino que los sueños", exclamé levemente feliz como un guru. Sofandoy sonriendo, con los ojos entrecerrados, murmuró: "¿Quién en el mundo le va a decir a usted cosas lindas con toda la letra, ah, ah?" Yo no dije nada. Tú podrías haberle contestado, Alfonso, y también Arturo Tienken. ¿Pero yo, que he sido tan gil, que pensaba en aquel tiempo de aménho todo torcido en lamé, que me resultó, al fin y al cabo, más durable que el amor. Que el tiempo lo estoy pagando y tu amor ya se acabó. ¿Qué podía darte o hacer? Cuestión de valores, de intereses, de deuda externa, de "viento" y de "otarios".

Sí. Volver es simplemente saber. Sa-

Cano 110

16. Mayo.

10-VII-1984.

205310

Las vueltas de la vida [artículo] Alfonso Calderón.

**AUTORÍA**

Alegría, Fernando, 1918-2005

**FECHA DE PUBLICACIÓN**

1984

**FORMATO**

Artículo

**DATOS DE PUBLICACIÓN**

Las vueltas de la vida [artículo] Alfonso Calderón.

**FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

**INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

**UBICACIÓN**

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile